

siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar, las cuentas en la contaduría del teatro.



CAPÍTULO XII

EN EL QUE EL AUTOR
SE PERMITE UNA DIGRESIÓN SERIA Y
DE ACTUALIDAD

L arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabemos qué fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de día bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería.

Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada más sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telos

nes que los ocultan á la luz del sol, os sorprenderá la crónica escandalosa á pesar vuestro.

Cuando hemos levantado una punta de ese telón, guiados por nuestro prurito de estudiar las costumbres, nos ha faltado siempre tiempo para hacer bastantes apun- tamientos, y estamos seguros de no haber penetrado todavía el misterio; pero con lo poco que hemos visto, hemos tenido lo bastante para escribir esta historia.

No se crea que animados por prevencio- nes personales, ó siquiera por motivos de antipatía, bosquejamos á algunos de nues- tros personajes: muy al contrario, los acto- res nos simpatizan y nunca dejamos de juz- garlos al través del mérito, que en sí tienen, de ponerse al frente de nuestro malestar y de nuestras horas tristes.

Habla muy alto en favor de la buena ín- dole de los actores, el hecho de buscar otro juez que su conciencia.

Tienen otra recomendación: nos divierten. Espontáneamente se encargan de hacer-

les llevadera la vida y menos fastidiosa á dos mil personas, aún cuando sea cada cier- to número de horas.

Tienen este otro mérito.

Hacer voto de humildad al entrar al tea- tro; y aunque os aborrezcan, os estarán di- ciendo siempre que sois público benévolo, ilustrado, galante é inteligente, aún cuando esté muy reciente el recuerdo de una silba ó de un cojinazo.

Por encopetado que sea un actor, y aun cuando lo sea de cámara de S. M. ó *di Car- tello* y esté condecorado, llegará un día en que os dirigirá frases tiernas, y hasta os confesará que ha derramado lágrimas, y os contará en estilo sublime muchas lástimas de esta especie por solo el vil interés de que vayais á su beneficio y pagueis el doble de lo que vale vuestro asiento, ú os mani- festeis munífico, si podeis, porque es el día de recoger doble, entrando con esto los ac- tores en el gremio de los guardafaroles y de los repartidores de los periódicos, que os piden el aguinaldo ó cualquiera otra propi-

na; porque para el actor el *beneficio* no es más que la *gran propina* en el día de abrir las manos ante la generosidad pública.

Por altivo, por orgulloso que sea un actor, por alto que esté, el público le hace las cuentas el día de su beneficio; y si el público es escaso, por todos los ámbitos del salón no se oye decir más que esta palabra con verdadero enternecimiento:—¡Pobre!

No es sin duda un *beneficio* el acto que esté más en armonía con la dignidad del hombre.

Desde el momento en que un sueldo ó una retribución pecuniaria se pone á merced de la generosidad ó de la vanidad del que la paga, el que la recibe queda humillado y muy abajo del favorecedor

Somos enemigos de toda esclavitud y de toda humillación, una vez declarados partidarios de la libertad y de la dignidad humanas. Por esto deseamos que los actores tengan todos los beneficios imaginables, en pró de su prosperidad; pero de la contaduría para dentro y no á costa de ningún género de humillaciones.

El sentimiento que predomina en el público, en los beneficios, no es precisamente el entusiasmo por el beneficiado, sino la conmiseración.

Estamos seguros de que por poco delicados que sean los sentimientos de un actor, no arranca con la avidez del avaro las monedas que adornan un laurel verde, símbolo de gloria, sino que siente una tristeza secreta al recoger la dádiva, por mucho que lo saque de apuros.

El vil metal, rey del mundo y todo como es, está sentenciado por la dignidad del hombre á brindársele en montones de á veinte, alineados severamente sobre un mostrador ó metidos dentro de una grosera bolsa de pita.

Se le recibe dignamente cuando acabamos de poner nuestra firma en un papel sellado ó de cerrar un pacto legal; pero cuando os lo arrojan á los piés ú os lo dan en hojitas de laurel y ha precedido en los labios ó en la mente del dadivoso la palabra ¡*pobre!* no haceis más que recibir lo que le sobra al rico y lo que os dan por lástima.

Hay algo más que notar acerca de esta apreciable familia de artistas, y es, que nadie habla tan mal de los actores como ellos mismos; y al contemplar la perpetua amargura en que viven, muchas veces nos hemos figurado que de la misma manera que el funámbulo logra relajar sus articulaciones y sus ligamentos en virtud de ciertos ejercicios difíciles, acaso el ejercicio de los afectos y de las pasiones relaja también las pasiones y los afectos en los actores.

La actriz que aparece sobre las tablas poseída de sublime indignación contra el vicio y que os hace gozar con el más bello conjunto de perfecciones morales, con la personificación de un sér modelo, de un tipo de virtud ó de heroísmo, posee tal vez una alma cuya depravación la pone muy lejos de sentir lo que dice.

La literatura dramática, asumiendo en frases precisas, en pensamientos claros, en acciones conmovedoras la expresión más genuina de la moral humana, lejos de edificar con el ejemplo á sus propios operarios,

los prostituye, los hace degenerar individualmente.

Pocas actrices se salvan en este fatal naufragio, en el que parece ser un tributo indefectible la sensibilidad y las virtudes.

Nos parece notar no sabemos qué siniestra analogía entre el actor de malas costumbres y el fraile corrompido.

Parece que los actores se familiarizan con los preceptos de la moral, de la misma manera que los viejos sacristanes con los vasos sagrados.

La actriz empieza por llorar de veras, cuando en la escena llora á su madre muerta; como el sacristán empieza por arrodillarse ante los altares aún cuando no lo vea nadie; y la actriz acaba por reírse en el trance más serio, y el sacristán perdiendo primero los escrúpulos, después la veneración y al último el respeto á las cosas santas.

Compadecemos sinceramente al actor que en su larga carrera ha podido sacar ileso su corazón del fango de las tablas. ¡A costa

de cuántas decepciones y de cuántas amarguras ha podido triunfar de sí mismo, ha podido resistir al pestilente contagio de la depravación de sus compañeros!

A estos hijos del arte, prosélitos firmes de la moral, salud mil veces; ante ellos y por ellos pedimos para nuestra pluma el corte que tiende á tocar las llagas sociales, y pedimos el acierto en nuestras apreciaciones para poder arrojar el ridículo sobre los malos.

En el marasmo en que vive la sociedad actual, vemos salir de las sombras de la penuria á las hijas de la desgracia dirigiendo una mirada á la prostitución y otra al teatro; vemos algunas madres llevar á sus hijas á la contaduría del empresario para entablar la más inicua de las transacciones, el más repugnante de los contratos.

No quedaba en el tabuco de la miseria nada que vender, nada que enagenar; y un día una madre encuentra que las rosas de los quince años, las líneas de la pubertad, las sonrisas de la beldad pura y pobre, tie-

nen un valor estimativo en el mercado humano.

¡Pero qué madre no tiembla ante la deformidad de esta idea siniestra! Conjura aquel sueño á pesar de las sugerencias de la desnudez y el hambre, y la virtud se repliega en los últimos atrincheramientos; pero un día encuentran madre é hija un cartel de teatro y tras del cartel unas cuantas monedas; entonces la horrible idea de vender las rosas del pudor se disfraza bajo esta forma: «*la carrera artística.*»

La solución está encontrada; la prostitución ha hallado una máscara; la conciencia ha hallado una palabra; la madre ha hallado un medio, y el empresario del teatro ha hallado un trozo más de carne humana para los lobos, los leones y los pollos de las lunetas.

Un día, aquella madre y aquella hija se quedan pensativas sin saber por qué; están cosiendo las deslumbrantes ropas del teatro, y las lentejuelas brillan con un brillo satánico.

Están pensando en que aquella idea que las hizo estremecer algunos meses antes, aquella horrible idea de vender las rosas del pudor como la última joya, se ha realizado ya.

La hija tuvo que transigir con el empresario y se vistió de guerrero: se descubrió, llorando de vergüenza, sus virginales formas; era preciso hacerlo así, todas hacían lo mismo: la iniciada lloró sobre el primer girón de su pudor, tembló ante el público que la contemplaba con indiferencia, porque le parecía que el público no tenía ojos más que para verla; se colocaba atrás para cubrirse con sus compañeras, avezadas en la desvergonzada exhibición nocturna; y al caer el telón ocultó la cara entre las manos porque la habían visto ya, porque algunos caballeros la habían devorado al pasar entre bastidores, con miradas horriblemente amorosas.

Aquella zarzuela «La isla de San Baladrán» se repitió muchas noches; y la repetición amenguó el sacrificio, secó las lágrimas y apagó el bochorno.

Después hubo necesidad de hacer un papelito por el que daban cuatro pesos; el vestido era más insuficiente; y se entabló grave controversia sobre que no valía la pena de discutir algunas pulgadas de tela de más ó de menos.

Después recibió la figurante lecciones de baile; las cuadrillas son muy fáciles de aprender: la música se llama *Can-can*.

¡Extraño nombre!

Pagan más á las que bailan esas cuadrillas.

El director de baile previene á las parejas la manera con que han de mover las manos y la falda.

—El baile este tiene rarezas incomprensibles, piensa la figurante; ¿qué más da mover los brazos en tál ó cual sentido?

Caprichos del director.

El público aplaude mucho el *Can-can*; tenía razón el director: así se deben mover las manos y la falda.

—Ya sé bailar *Can-can*, exclama al fin satisfecha la figurante. Desde que lo aprendí

tengo amantes que me obsequian. ¡Qué tonta fui al llorar la primera noche!

La horrible idea se ha realizado, las rosas del pudor ya desaparecieron con el hambre.

La idea aquella que hizo estremecer á la madre, se realizó; la prostitución dejó caer la máscara teatral, y lo que había pasado era precisamente lo que se había pretendido evitar; pero había sucedido tan poco á poco que se hizo todo sin apercibirse de ello.

Las rosas del pudor se habían deshojado completamente y los pétalos habían caído al fango uno á uno.

Por eso madre é hija se habían quedado pensativas y como fascinadas con el brillo siniestro de las lentejuelas.

¡Pobre condición humana! Crea el ingenio en Grecia el teatro, elevan las naciones templos á la moral y á las buenas costumbres, y las sacerdotisas de esos templos, encargadas de mantener el fuego sacro, minan como sabandijas inmundas los cimientos del edificio donde se enseña á amar, á per-

donar y á bendecir, y forman una cloaca al vicio y un foco á las infamias.

México está presenciando en estos días la más escandalosa de las decadencias. El teatro está muriendo en la disipación y en la crápula.

Aquí terminamos nuestra digresión para volver á Romero y á su señora.

